

## NO SABÍA COMO DECIRLO

Aquel día salí de la oficina más tarde de lo acostumbrado y me fui a casa nerviosa, confundida porque no sabía cómo decirlo ni qué cosa inventar. Caminé hasta la Alameda y tomé el Metro hasta la Estación Las Rejas, un recorrido habitual que solía hacer comúnmente porque a la salida de esa Estación pasaba un micro que me acercaba hasta mi calle o bien caminaba hasta una plazoleta que estaba a pocos metros de ahí donde se ubicaban unas cuantas líneas de autos colectivos que me llevaban directamente a mi domicilio. Pero esa tarde-noche apenas salí del Metro, caminé en sentido contrario, hacia donde estaba el Mall Espacio Urbano buscando entrar al supermercado para comprar algunas provisiones que me pudieran servir para ese invierno. Cuando salí del Mall, la luminaria de Alameda y de la locomoción me encandilaban, miré al cielo y no divisé ninguna estrella, ni siquiera la luna debido a las luces y al smog, seguramente, pero observé por primera vez la torre de la Clínica Bicentenario y de su especial arquitectura con esa torre vertical de veinte pisos que, de cualquier manera, le daba un aporte importante a la comunidad, también el Construmart situado en la esquina, ¡qué gigantesco se veía! y entonces entendí que es en estos momentos particulares que nos toca vivir, cuando apreciamos todo lo que antes no habíamos visualizado así como también los bocinazos de la locomoción colectiva, el paso de una moto, los gases combustibles, la irritabilidad de los choferes, los frenazos, los vendedores ambulantes y todo lo que conforma nuestra vida especialmente la vida de la gente que día a día sale de su casa a trabajar y que casi nunca le damos su máximo valor.

Era muy tarde, sin embargo aproveché también de mirar todas las vitrinas del comercio situado en el lugar y mientras vitrineaba, no podía dejar de pensar en cómo se lo iba a decir ni qué palabras iba a utilizar para contar esa verdad que tanto me angustiaba. Caminé lentamente hasta la plazoleta en busca de algún colectivo para viajar con más comodidad porque llevaba muchas compras y atrajo mi atención la glorieta completamente cubierta de esa hermosa enredadera pluma. ¡Qué ganas de tener una igual!, pero tenía que marcharme porque en casa estaba mi madre sola, una mujer con más de ochenta años y enferma. Ella, a pesar de su enfermedad, siempre ha sido fuerte y valiente, pero últimamente se había vuelto más débil y frágil. Siendo muy bella, inteligente y activa, luego de muchos años de trabajo, se dedicó a cuidar a su madre y hermanos hasta que fallecieron. Ahora, con ochenta y tres años cargaba con sus propias enfermedades, entre ellas una insuficiencia cardiaca grado tres. Mi trabajo y tiempo los dedicaba a ella porque constituía mi razón de vivir con la seguridad que esta entrega material y afectiva le ayudarían en su existencia porque amaba profundamente la vida, le gustaba lo que yo hacía y era mi principal admiradora.

Al llegar a casa esa noche, mi madre estaba allí, sentadita mirando la Tele, esperándome como siempre, impaciente y al mismo tiempo preocupada, como si lo hubiese presentado. Al verla en ese sillón, con su mirada atenta, supe que las cosas no se vendrían bien para ninguna de las dos.

Preparé algo para comer y guardé la mercadería que había comprado. Después de un rato y luego de dar muchas vueltas dentro de la casa, me armé de valor para decírselo, para conversar con ella teniendo a la vez que soportar una guerra

interna difícil de controlar. No quería provocarle un dolor o acelerar su partida con una noticia tan dolorosa, pero finalmente tenía que saberlo y de una vez por todas le conté que había sido despedida. La miré buscando ver su reacción en su mirada pero ella, lo entendió todo. Le expliqué que las certezas podían volverse incertidumbres y que los trabajos estables se desvanecían como suspiros en el viento, que nada era seguro en ninguna época de la vida, pero que pondría todo de mi parte para volver a encontrar un nuevo empleo. Sin embargo su rostro dulce y transparente transmitió una suerte de conformidad. No pronunció palabras de malestar, su gesto habló más de lo que yo pudiera haber esperado en ese momento. Me sentí aliviada por esa aparente comprensión pero no conforme con lo que me estaba sucediendo.

Mi madre, con su sabia experiencia comprendió que no era el momento de derrumbarse y rodar cuesta abajo como la lava de un volcán destruyéndolo todo, pero sí que las dificultades son parte de la vida y que siempre se encuentra una salida, aunque en esta ocasión “no podría ser tan rápido”. Su gran tranquilidad me descolocó por hartó rato.

Hacía muchos años que la mamá venía luchando contra una enfermedad crónica y yo no podía dedicarle todo el tiempo y atención que necesitaba. Mi trabajo consumía gran parte de mi día y le restaba tiempo a su deteriorada salud. Finalmente, descubrí que el Creador me había regalado la más bella oportunidad de compartir con ella sus dos últimos años de vida en los que nos pudimos reencontrar en una hermosa convivencia compartiendo risas, lágrimas y cariño.

Mi madre antes de morir logró confesar que en medio de su aflicción por su dura enfermedad anhelaba con toda su alma que yo perdiera el empleo para poder contar conmigo en su último tiempo de vida, cuyos fallidos intentos por querer comunicármelo no prosperaron porque “no sabía cómo decirlo”.







